



Y Jesús dijo...

EPISODIO 33 – ¿DÓNDE COMIENZA REALMENTE EL ADULTERIO?

Habíamos dicho que, a partir de **Mateo 5:21**, el Señor nos presenta seis ejemplos en los que contrasta lo que las personas habían escuchado de los escribas y fariseos con la verdadera intención de la Ley de Dios que todos necesitamos conocer y comprender. Hoy llegamos al segundo ejemplo: “No cometerás adulterio”, que corresponde al séptimo mandamiento, establecido en **Éxodo 20:14**. Este segundo ejemplo nos enseña algo muy importante: el adulterio no comienza solamente con el acto físico; el pecado comienza en el corazón, en los pensamientos y en los deseos. Para entenderlo mejor acompáñame a **Mateo 5: 27-30** **Jesús dijo: “Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. 28 Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. 29 Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. 30 Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.”**

Para los escribas y fariseos, una persona cometía adulterio cuando tenía una relación sexual con alguien que no era su cónyuge. Por lo tanto, mientras no llegaran a cometer físicamente ese acto, podían sentirse tranquilos delante de Dios; Sin embargo; nuevamente el Señor nos recuerda que no sólo son los actos externos lo que Él ve, sino lo que hay en el corazón, Dios conoce nuestros pensamientos, nuestras intenciones y nuestros deseos. El adulterio, al igual que muchos otros pecados sexuales, no comienza necesariamente con el acto físico. Puede comenzar mucho antes, en el corazón y en la mente, cuando permitimos que un deseo pecaminoso crezca y se desarrolle en nuestro interior.

En el versículo 28, Jesucristo dice: “Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”. ¿Qué significa mirar a una mujer para codiciarla? Jesús no se refiere simplemente a notar que una persona es atractiva ni a una mirada ocasional. Se refiere a mirarla con la intención de alimentar un deseo sexual indebido, permitiendo que la mirada se convierta en pensamientos y fantasías lujuriosas. Es importante aclarar que esta enseñanza no se aplica únicamente a los hombres. El principio de Jesús es para todos. Tanto hombres como mujeres estamos llamados a cuidar nuestros ojos, nuestros pensamientos, nuestros deseos y las intenciones de nuestro corazón.

Cabe aclarar que Jesús no está hablando de una persona que, al encontrarse de manera inesperada con alguien vestido de forma provocativa o indecorosa, siente que es tentada por pensamientos de lujuria. La tentación, por sí misma, no constituye pecado.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Si en ese momento la persona reconoce que ese pensamiento no agrada a Dios, decide no alimentarlo, aparta la mirada y rechaza ese deseo, no está consintiendo el pecado. Al contrario, está resistiendo la tentación. De lo que está hablando Jesús es de aquél que mira intencionalmente para alimentar la lujuria, permitiendo que su mente y su corazón se llenen de pensamientos impuros. Esto nos enseña algo muy importante: no siempre podemos evitar que una tentación llegue a nuestra mente, pero sí podemos decidir si la alimentamos o la rechazamos.

Los ojos abren la puerta a la codicia que se consume en la mente y ésta lleva a cometer el adulterio físico, por ello hay cuidar lo que vemos y cómo lo vemos, siendo hijos e hijas de Dios no tenemos por qué estar viendo pornografía, publicaciones en Internet con contenido sexual, ni nada que nos lleve a despertar pasiones desordenadas, debemos ser muy sabios con lo que vemos.

En la Palabra de Dios encontramos la historia de un hombre santo llamado Job que entendía esta verdad y por eso decidió guardar sus ojos haciendo un pacto, dice la Palabra “Hice un pacto con mis ojos, de no mirar con codicia sexual a ninguna joven.” (**Job 31:1 NTV**) Job entendió el peligro que es darle rienda suelta a los ojos y por ello se anticipó a tomar medidas preventivas para no caer en este pecado y es lo que todos tendríamos que hacer.

Luego de exponer el verdadero alcance de este mandamiento, ahora Jesucristo nos muestra cómo debemos actuar frente a éste y frente a cualquier pecado sexual. Lo primero que debemos hacer es cortar con lo que nos lleva a pecar. En los versículos 29 y 30 cuando Jesús dice que debemos sacarnos el ojo o cortarnos la mano si éstos nos hacen pecar, no está ordenando que tomemos estas palabras de manera literal, Jesucristo habló en sentido figurado, para enseñarnos que debemos estar dispuestos a renunciar a todo aquello, por muy valioso que sea para nosotros, nos lleva a caer en pecado o permanecer en él, llámese internet, una revista, un celular, un sitio que frecuentamos, una amistad o una relación, en resumen, cualquier cosa que nos está llevando a alimentar pensamientos y deseos que no agradan a Dios. Por eso, cada uno de nosotros debe preguntarse: ¿hay algo en mi vida que está alimentando este pecado y de lo cual necesito apartarme? si es así pongamos límite, cambiemos ciertos hábitos, incluso cortemos con esa relación que nos lleva a pecar. Si no controlamos lo que nos rodea, lo que vemos, hablamos, escuchamos y decimos, terminará controlándonos a nosotros. Al pecado hay que tratarlo de manera rápida y radicalmente, es preferible cortar con lo que nos aparta de Dios y no que seamos echados al infierno. En pocas palabras se requiere de autodisciplina por parte nuestra para cortar con lo que el Señor nos revele sin vacilar.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

En segundo lugar, recordemos que no estamos solos, Dios nos ha dado al Espíritu Santo quien nos capacita para vivir una vida de santidad. Por eso, no debemos intentar vencer el pecado únicamente con nuestras propias fuerzas. Necesitamos depender del Espíritu Santo, permitir que Él guíe nuestra vida y someternos a Su dirección, en lugar de dejarnos gobernar por los deseos de nuestra naturaleza pecaminosa.

En tercer lugar, no descuidemos en ningún momento la oración. La oración nos fortalece, nos ayuda a mantener una comunión cercana con Dios y nos hace cada vez más conscientes de nuestra dependencia del Señor. Cuando dejamos de orar, fácilmente comenzamos a confiar en nuestras propias fuerzas y terminamos enfrentando las tentaciones en nuestras fuerzas.

En cuarto lugar, cuando llegue la tentación, huyamos de ella. Un ejemplo muy claro lo encontramos en José. Él fue vendido como esclavo por sus hermanos y llevado a Egipto, donde terminó trabajando en la casa de un hombre importante llamado Potifar. Su esposa comenzó a insistirle para que se acostara con ella, pero como su amor y obediencia a Dios era más grande, prefirió huir de la tentación, él no negoció con la tentación, ni pensó que podía controlarla, simplemente se apartó de ella. Esta misma enseñanza la encontramos en el Nuevo Testamento. Pablo le dijo al joven Timoteo: “Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor” **2 Timoteo 2:22**

Algunos matrimonios han sido afectados por el adulterio porque faltó sabiduría y discernimiento por parte de uno de los cónyuges al permitir tener compañías cercanas a las cuales no pusieron límites. Quizás todo comenzó con una amistad, conversaciones frecuentes, pasar mucho tiempo juntos o compartir situaciones personales que poco a poco fueron creando una cercanía emocional que fueron despertando sentimientos y deseos. Y cómo no se huyó de esta situación, se infringió este mandamiento y llegaron las consecuencias que son muy dolorosas. El pecado no solamente afecta a quien lo comete; puede herir profundamente al cónyuge, destruir la confianza, afectar a los hijos y, si la otra persona también está casada, terminará afectando a dos familias.

La Palabra de Dios nos advierte que no debemos dar lugar al diablo (**Efesios 4:27**), así que es preferible que se burlen de nosotros o que nos consideren exagerados por huir que caer en el lazo de la tentación. Y aunque estas palabras pueden sonar fuertes, la Biblia habla con mucha claridad acerca de las consecuencias de vivir deliberadamente en pecado. Pablo dice en **1 Corintios 6:9-10**: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, 10 ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios ”

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Estas palabras no significan que una persona que haya caído en alguno de estos pecados no pueda ser perdonada. El Evangelio nos recuerda que Cristo puede perdonar, limpiar y transformar al pecador. Pero precisamente por eso no debemos tomar el pecado a la ligera ni hacer de él una práctica habitual en nuestra vida. La gracia de Dios no es una licencia para seguir pecando; el llamado de Dios es tener una vida nueva en Cristo.

Hemos llegado al final de este episodio, Te doy las gracias por escucharnos, la próxima semana continuaremos con más enseñanzas del Sermón del monte. Si este mensaje fue de edificación y quieres apoyarnos, compártelo con tus amigos y familiares. Visita nuestra página web: "www.yJesUSDijo.com" y suscríbete en nuestro canal YouTube. La bendición del Padre del Hijo y del Espíritu Santo esté con cada uno de ustedes y con sus hermosas familias, hasta una próxima oportunidad. Recuerda: ¡Si Dios está contigo... es suficiente! Bendiciones.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente." **Juan 6: 68-69**